

Masacre, incesto y odio en *La casa grande*, de Álvaro Cepeda Samudio: un texto fundacional en la literatura del Caribe colombiano*

Ligia Aldana¹

SUNY, New Paltz (EE.UU.)

Resumen

Este ensayo explora la representación del evento histórico de la Masacre de las Bananeras como acto violento público absoluto, y el incesto y el odio como formas de violencia intrafamiliar. El objetivo es demostrar cómo la violencia pública y la privada están conectadas y contienen un aura de sacrificio que determina dinámicas sociales que reflejan procesos de desintegración de la familia nacional.

Palabras clave: Masacre de las Bananeras, violencia, literatura costeña, literatura del Caribe colombiano, sacrificio ritual.

Abstract

This paper explores the representation of the historical event of the Massacre of the Banana Workers, a very public act of violence, and incest and hatred as forms of domestic violence. The aim is to demonstrate how public and private violences are connected and contain an aura of sacrifice that determines social dynamics which reflect a process of disintegration of the national family.

Keywords: Massacre of the Banana Workers, violence, *costeño* literature, literature of the Colombian Caribbean, ritual sacrifice.

* **Massacre, Incest and Hatred in Álvaro Cepeda Samudio's *La casa grande*: a Foundational Text in Colombian Caribbean Literature.**

¹ Profesora asociada en Spanish, Latin American Literature and Culture, Department of Languages, Literatures & Cultures SUNY New Paltz. e-mail: aldanal@newpaltz.edu

“Acuérdate siempre de que eran más
de tres mil y que los echaron al mar”.

G. García Márquez, *Cien años de soledad*.

“La historia de un tren inglés
que a la región embrujaba...
Al fin los tiempos modernos
comentaban las señoras
como los que hay en Europa
con los que tanto se añora.
Pa’ mi abuelo fue el progreso
que la carga le aliviaba
y en esa mula de hierro
con otros tiempos soñaba...
Viviendo las malas horas
los llamó los buenos tiempos.”

Carlos Vives, “Los buenos tiempos”.

Introducción

Publicada en 1962, *La casa grande* emerge en un momento particular en el panorama literario regional y colombiano. Situada entre los límites del período de la novelística de La Violencia –los años 50– y de los años 60, *La casa grande* pertenece al período de culminación de las tendencias mágico-realistas del llamado Boom literario latinoamericano en su expresión colombiana. La novela de Cepeda Samudio marca el alcance de la contribución de los escritores costeños tanto a la literatura nacional como, posteriormente, a la mundial. En su estudio *Novela y poder en Colombia: 1844-1987*, Raymond L. Williams (1992) establece que

[...] durante los 60, el boom de la novela latinoamericana tuvo también su impacto en el país [en Colombia], al divulgar ficción de características innovadoras. [El escritor costeño Gabriel] García Márquez marca el comienzo de la influencia colombiana en los escenarios culturales de todo el mundo, y también la preeminencia de La Costa en las letras nacionales (40).

Vale decir así que, Álvaro Cepeda Samudio, con su novela *La casa grande*, establece las pautas temáticas y estilísticas que determinarían el alcance de los textos costeños posteriores. De hecho, la publicación

de la novela de Cepeda Samudio crea ruptura en el período de la literatura costeña que Williams denomina de Transición (1828-1961) (143), precisamente por su carácter innovador a nivel temático y estilístico. De igual manera, la publicación de *La casa grande* está unida a la constitución del Grupo de Barranquilla, del cual fue Álvaro Cepeda Samudio uno de los miembros fundadores a finales de los años 40 y principios de los 50. El Grupo era un organismo informal artístico y literario que marcó un rumbo nuevo en la producción literaria en la Costa y se manifestó fervientemente antinacionalista en sus gustos literarios, y a favor de una apertura a la literatura extranjera. En 1950, por ejemplo, la única mención de Julio Cortázar en Colombia fue hecha por un miembro del Grupo (144)².

Este estudio destaca *La casa grande* del sinnúmero de textos escritos por miembros del Grupo, previos a *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, como una novela que pasa a ocupar un espacio especial dentro de la producción del mismo y en el canon colombiano y costeño. Por su singular tratamiento de la representación del evento histórico y real de la Masacre de las Bananeras de 1928, *La casa grande* se separa de otros textos producidos por diferentes autores del Grupo temática y estilísticamente, al tiempo que subraya múltiples posibilidades de análisis. La novela brinda así la oportunidad de examinar muy de cerca la forma en que el espacio de la misma es delineado por los desencuentros que se originan en el tiempo de la narrativa, un momento de rápida modernización e industrialización distintivamente visibles en la Costa a partir de la llegada de la United Fruit Company y la construcción del ferrocarril a finales del XIX. Dentro de los procesos de modernización del Caribe colombiano, la zona bananera, que es el espacio de *La casa grande*, es el resultado de la aporía creada por el deseo de rearticulación de las ya arruinadas plantaciones decimonónicas de un pueblo olvidado, puestas a funcionar bajo un nuevo orden de producción.

Coexisten en la novela dos líneas narrativas predominantes. La primera relata los eventos que dan lugar a la masacre de los

² Especialmente significativo es el hecho que el crítico colombiano Daniel Samper Pizano afirme cómo el escaso número de textos literarios publicados por Cepeda Samudio antes de su muerte, en particular *La casa grande*, pueden ser considerados el archivo de la obra de Gabriel García Márquez. Sobre esto dice Samper Pizano: “Todavía recuerdo el grito y la carcajada de Cepeda cuando le regalé una edición de ‘Playboy’ en que se publicaba por primera vez este cuento [“El ahogado más hermoso del mundo”] de García Márquez: –No joda, esta vaina es mía, ¡Gabito se la robó! (Samper, 1977: 13-14). Sin duda, el Grupo funcionaba con una dinámica de creación colectiva “porque [algunos textos] tenían paternidad común con alguno o varios de sus amigos [de Cepeda Samudio]” (13), quienes formaban parte del Grupo. Véase Palacios Moreno (1997).

jornaleros de la Zona bananera controlada por la United Fruit Company en el departamento del Magdalena en la costa norte de Colombia el 6 de diciembre de 1928, el momento exacto en que ocurre y sus repercusiones. La segunda línea narrativa examina el espacio e interacción de los miembros de la familia de la casa grande –espacio que le da el nombre a la novela– en relación al devenir de la colectividad local y de la nación. Los personajes centrales de la novela –los soldados, los jornaleros, la hermana, el hermano, el pueblo como espacio y entidad, el padre y los hijos– están denominados de forma genérica y organizan el orden de la narrativa.

La novela está dividida en diez secciones a manera de capítulos denominadas por subtítulos genéricos que corresponden –a excepción de los jornaleros– a los personajes principales de la novela y al documento y secuencia temporal que rigen el texto. La primera sección, “Los soldados”, narra el diálogo entre dos soldados anónimos quienes tratan de dilucidar el rol que les corresponde en la Zona, el nombre usado para referirse al espacio de la novela. Esta sección es la única de la novela que narra el momento de la masacre y describe algunos de los elementos que dan lugar a dicho evento. La violación/encuentro sexual de la hermana menor, personaje tipológico y central, por uno de los soldados, quienes entablan el diálogo inicial que abre la narrativa, también tiene lugar en esta sección. La segunda sección, “La hermana”, narra la reacción violenta del Padre al transgresivo acto sexual de la hermana y esboza una explícita relación incestuosa entre ambos. En esta parte comienzan ya a verse las reacciones provocadas por la masacre desde las varias posiciones de los diferentes miembros de la familia de la casa grande. La sección de “El Padre” describe el personaje central y patriarcal de la novela. Examina la trayectoria de este personaje dentro del ámbito familiar, político y social. Las secciones siguientes relatan los diferentes tipos de relaciones que existen entre los miembros de la familia, y el efecto totalizador de la masacre sobre éstos y sobre la comunidad. El decreto, documento real que autoriza el uso de la fuerza sobre los jornaleros, está insertado en el texto como testimonio escueto de la participación de los agentes oficiales en la masacre. Las últimas secciones de la novela recuentan la versión oficial difundida día a día a través de los medios de comunicación en breves comunicados hasta anunciar el momento preciso de la masacre. La sección final de la novela, “Los hijos”, relata el regreso de los hijos de la hermana menor, posibles hijos del padre o del hermano, a la casa grande ya vacía, impregnada de odio e incesto y en proceso de real desintegración.

De lo local a lo nacional estilística y temáticamente

El pueblo, el macro espacio en el que se desarrolla la novela, es un espacio penetrado por la poderosa multinacional, la United Fruit Company, y re-ocupado por un nuevo orden de cosas:

El pueblo comienza aquí, aquí terminan los playones y aquí está La Estación junto a la que para el tren cargado de racimos de fruta y de jornaleros. Los jornaleros se tiran de los carros abiertos y de los techos de los vagones y el tren sigue hacia el puerto [...]

Alrededor de la iglesia viven los dueños de las fincas: [...] Y a cada muerte surge un odio nuevo y las grandes plantaciones se van desmembrando y las casonas grandes de gruesas paredes de mampostería se van haciendo más infranqueables y se van quedando más solas.

[...]

El pueblo termina frente al mar: un mar desapacible y sucio al que no mira nadie. Sin embargo el pueblo termina frente al mar. (130-132).

La peculiar situación que se crea a partir de estas circunstancias históricas, y sus consecuentes desencuentros socio-económicos y culturales, queda plasmada en la novela dentro de los límites de este espacio costero en proceso de cambio. La novela narra la nación colombiana en un espacio interino situado entre una supuesta pre-modernidad que funciona dentro de un modelo feudal de producción, y un modelo “moderno” de producción industrializada basado en el monocultivo, la monopolización del mercado y la exportación que aún esboza las características de un feudalismo reconvertido. Como es evidente en la cita anterior, existe cierta nostalgia de ese orden de cosas que garantizaba la majestuosa presencia y el poder que emana de esas “casonas grandes”, a pesar del tono de denuncia que el pasaje proyecta. Al ser abandonadas las casonas, un orden de cosas familiar se evapora también.

Estilísticamente, Cepeda Samudio crea un efecto oral en la novela para darle voz a cada uno de los personajes clave del texto, sin importar su posición social. Al permitir que los diálogos y voces de sus personajes genéricos circulen libremente, el texto le resta autoridad al narrador y limita su control sobre la narrativa. La escueta y esporádica voz del narrador omnisciente interviene

ocasionalmente para enmarcar ciertos sucesos clave en la narrativa: la masacre y la muerte del padre. A nivel de la escritura misma, Cepeda Samudio ofrece un sonido oral y espontáneo al romper con las reglas de puntuación tradicionales y concatenar las oraciones de interminables párrafos con el uso de los dos puntos. El resultado es la creación de una narrativa sin fin que imita, en determinados instantes del texto, un fluir de la conciencia alejado del discurso directo descriptivo que le da al texto una propiedad de apertura completa: es una narrativa a borbotones que comunica todo lo que ha dejado de comunicarse. Este acto libre de narrar desestabiliza la temporalidad de la historia que se cuenta al entremezclar lo que pasó, con los acontecimientos aún por ocurrir y con el producto de la memoria individual y colectiva. A la par, el texto posee una calidad fílmica y presenta un diseño de sabor artificial en el cual, el juego entre un lenguaje escueto, impregnado de la influencia del relato periodístico y de múltiples temporalidades, crea historias dentro de historias, contrapunteadas e independientes al mismo tiempo.³ Al igual que otros textos contemporáneos a la novela de Cepeda Samudio, *La casa grande* se constituye, dice Raymond L. Williams, alrededor de la narrativa de William Faulkner y la historia costeña. La influencia faulkneriana en estos textos evidencia la útil adopción de los acercamientos de dicho escritor en el proceso de narrar y plasmar la realidad del sur de los Estados Unidos enmarcada en sus obras.

El rol (textual) de la Masacre de la Bananeras

Posteriormente a la masacre de las bananeras, el asesinato del candidato presidencial Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948 ocasionó una ola de violencia que comenzó con El Bogotazo y se extendió a otras áreas del país dejando un número de muertos aún indefinido. Este fenómeno es conocido como La Violencia, y una insistente preocupación por explicar la crudeza y el alcance de esta

³ Esta calidad de narrativa es producto de la experimentación del Grupo de Barranquilla con técnicas de escritores extranjeros como William Faulkner, y es común a los textos de otros escritores del Grupo. De hecho, *La casa grande* posee significativas resonancias faulknerianas. Particularmente en relación a *La casa grande* existe una gran ironía en el hecho de que el Grupo de Barranquilla haya mirado hacia el sur de los Estados Unidos y William Faulkner como fuentes de inspiración para renovar sus esfuerzos literarios, al tiempo que la novela de Cepeda Samudio critica la intervención de capital norteamericano en la Costa y la explotación que la United Fruit Company ejerce sobre los trabajadores de la Zona. Existen estudios que apuntan a la similitud entre *La casa grande* y el texto de W. Faulkner *The Sound and the Fury* a nivel de temática, estructura y técnicas narrativas como es el uso de múltiples narradores (145).

lucha fratricida produjo la proliferación de novelas que tienen como eje el recuento de los acontecimientos de este período.

Muchos textos de este período constituyeron una forma de novelización tan generalizada durante las décadas de 1950 y 1960, que antes de la aparición del Macondo garcíamarquiano, en el país, los conceptos de novela contemporánea moderna y novela de la Violencia eran sinónimos. En tal época se publicaron más de 40 trabajos de este tipo. (Williams, 1992: 70).

Generalmente, los múltiples textos publicados sobre la masacre reclaman su estatus de documento histórico como es el caso de *120 días bajo el terror militar*, de Alberto Castrillón⁴, de testimonios como *Sobrevivientes de las bananeras* y *Los sucesos de las bananeras* de Carlos Arango y C. Cortés Vargas, respectivamente. David William Foster discute la combinación del uso de fuentes orales y documentos en la literatura latinoamericana, y la textura de la narrativa que este cruce de fuentes produce. Textos como *Operación masacre* de Rodolfo Walsh y *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska ejemplifican, de acuerdo a Foster, la forma en que estos autores utilizan el material de hechos históricos para producir “an especially productive form of documentary” (41). Foster identifica dos técnicas narrativas que sirven para enriquecer el texto retóricamente y dialogar de forma irónica con la versión oficial. Estas estrategias son la recreación dramática de los diálogos entre los participantes y el uso de la narrativa a manera de mosaico (44). En cuanto a los diálogos, “the narrator frames these narrative recreations with the necessarily hypothetical interpretations of the participants' mental states” (44). En relación al orden cronológico de la narrativa, “the narrator sets the action interest aside in favor of exploring the complex reactions of individuals involved in an irrational historical process that they only vaguely understand although they are its sacrificial victims” (44). *La casa grande* revela su agenda denunciatoria a través de su uso de estrategias similares

4 En el prólogo del libro escrito por Hugo Rodríguez Acosta, éste dice lo siguiente: “La Editorial Tupac Amará, interesada en contribuir a esclarecer nuestro desarrollo histórico, oculto y tergiversado, presenta en este volumen el más descarnado y objetivo análisis crítico que sobre la masacre de las bananeras, se haya escrito en nuestro país. Su autor, Alberto Castrillón, fue indiscutiblemente junto con Tomás Uribe Márquez, Raúl Eduardo Mahecha, Ignacio Torres Giraldo y María Cano, uno de los más connotados líderes del incipiente movimiento obrero de la época. Desempeñó un relievante papel en la organización y conducción de la huelga de 1928, que concluyera con el asesinato masivo de 1.500 colombianos. *El documento que se reproduce* [Las cursivas son nuestras], lo constituye un mensaje que dirigiera Castrillón, al Congreso Nacional, a mediados de 1929” (7).

a las anteriores, ya que los testimonios de sobrevivientes de la masacre de los textos de Castrillón, Arango y Cortés Vargas, antes mencionados, y la posibilidad de que Cepeda Samudio fuera testigo material del evento cuando era niño, le pudo brindar el material que necesitaba para su novela. La inclusión de Cepeda Samudio de los diálogos entre los participantes del evento, tanto agentes como víctimas, también se adhiere a los parámetros anteriores. Además, como periodista, Cepeda Samudio poseía ya las técnicas informativas desplegadas en *La casa* a través de un narrador omnisciente, quien enmarca diferentes secciones y sucesos de la novela. La particularidad de *La casa grande*, sin embargo, radica en su calidad de precedente al corpus de textos y tendencia literaria que Foster identifica. Su uso de documentos oficiales tampoco tiene como objeto establecerlos como la fuente principal de veracidad de la novela, ya que la narración directa de parte de los agentes y víctimas de la masacre posee mayor poder que los documentos y su sello oficial.

Otra vía oficial del estudio de la masacre como una modalidad particular de violencia han sido las ciencias sociales, las cuales se han concentrado en el estudio de la matanza como vehículo de limpieza social (“La violencia organizada”, 234). De hecho, un estudio comprensivo sobre la Violencia en Colombia, en dos tomos, *Las violencias: inclusión reciente y La violencia y el municipio colombiano 1980-1997*, marca dos singulares pautas. La primera pluraliza la categoría violencia para diferenciar las múltiples manifestaciones de la misma e investigar “un problema tan complejo como es el de la intensidad y diversidad de las violencias colombianas” (Arocha, Cubides & Jimeno, 1998: 28-29), sus agentes, y las víctimas de los intercambios violentos. La segunda pauta enmarca el estudio de la violencia entre los años 1980-1997 y lo localiza en el espacio rural. La masacre de las bananeras, un evento previo y un precedente igualmente significativo, no está incluido en el estudio, además de una mención prominente sobre *La casa grande* en la “Presentación” del volumen de *Las violencias*. En su aparte final, Marco Palacios, el autor de la presentación, aparea la organización y contenido del volumen de *Las violencias* a la organización textual y a la trama de *La casa grande*. Palacios menciona especialmente los artículos de Myriam Jimeno, “Corrección y respeto, amor y miedo en las experiencias de violencia”; Donny Meertens, “Víctimas y sobrevivientes de la guerra: tres miradas de género;” Ximena Tabares, “El castigo a través de los ojos de los niños”, y de Francisco Gutiérrez Sanín, “¿Ciudadanos en armas?”, como textos cuyo marco evoca la estructura y contenido de *La casa grande*. Según Palacios

Este libro [*Las violencias*] tienta a comparar el cuadro de las violencias colombianas con el cuadro de *La casa grande*, la novela de Álvaro Cepeda Samudio. Por ejemplo, los estudios de (los autores de los mismos) Jimeno, Merteens y Tabares nos ponen en frente del drama que se despliega en torno a La Hermana, El Padre, El Hermano y los Hijos; Dávila nos habla de Los Soldados y El Decreto; Gutiérrez, de El Pueblo. Irrevocablemente un Jueves, un Viernes, un Sábado todos los personajes entrecruzan sus caminos y acaso compartan un destino común. Entonces se desvanecen los muros reales e imaginados de cada familia frente a un drama colectivo, así sea percibido en la intimidad. En la novela el drama es la masacre de las bananeras (26).

Sin duda, la relación que Palacios establece entre la organización del proyecto de *Las violencias* en 1998, un instante de cruda, aguda y generalizada realidad violenta en Colombia, y el proyecto denunciatorio de *La casa grande* en 1962 es directa y valedera. De hecho, la alusión de Palacios de la novela de Cepeda Samudio, remarca la vigencia de su temática –la masacre de las bananeras–, y los focos de su narrativa –la zona bananera, las fuerzas oficiales, y la interrelación entre lo público y lo privado–. Pero la relación que Palacios establece entre su estudio y la novela queda corta ante la falta de elaboración del estudio de la masacre de las bananeras como un evento seminal en la proliferación de interacciones violentas en Colombia.

Así, *La casa grande* se ocupa de recuperar un evento violento de gran magnitud para darle igual relevancia a la que el fenómeno de La Violencia tiene en la historiografía y el canon literario nacionales. El deseo del texto es, entonces, trascender lo documental y descriptivo para establecer el carácter de la masacre como un suceso fundacional en la desarticulación de la realidad del texto, y del proceso de consolidación de la nación moderna colombiana, la cual, desde ese instante primario, queda inscrita dentro de un “tiempo diferente”. El carácter denunciatorio de *La casa* no es minimizado en ningún momento, pero la agenda del texto es, en últimas, establecer y reiterar, hasta sus páginas de cierre, lo siguiente: La matanza de los trabajadores de la Zona y las dolorosas y perennes consecuencias de la misma pudieron haber sido evitadas.

Dentro del escenario anterior, la focalización de la masacre en el texto de *La casa grande* la define como un evento concreto. Al mismo tiempo, la novela confronta lo público y lo privado, para

señalar el ámbito familiar –y por extensión el nacional– como espacio desorganizado, cuya desarticulación, dinámica de poder, y la violencia que lo impregna están imbricadas con lo público. En aras de la articulación de un imaginario nacional sobre una fundación ya inestable e imposible de restaurar, este precedente es desplazado y contribuye a la repetición de actos violentos. A manera de maldición, la nación está destinada a existir bajo el código del odio y dentro de un ciclo de violencia interrumpido solamente por instantes de violencia aún más recrudescida, destructiva y generalizada.

Es primordial, por ende, establecer que una masacre es la “matanza de personas, por lo general indefensas, producida por ataque armado o causa parecida” (*DRAE*). Como acto violento, el análisis y estudio de la masacre ha sido preocupación particular de la sociología en un afán “to account for facts” (Durkheim, en Simpson 24). El acto de masacrar pertenece, sin duda, al universo social, y la materialidad de su efecto está constituido por lo que Durkheim denomina un “social fact.” Es un hecho social porque “[its] source is not the individual, [its] substratum can be no other than society, either the political society as a whole or some one of the partial groups it includes, such as religious denominations, political, literary, and occupational associations, etc.” (25)

Al mismo tiempo, el acto de masacrar trasciende la categoría común de hecho social, al convertirse en un hecho social absoluto por el efecto totalizador de control que produce. En términos durkhenianos, un hecho social “is every way of acting, fixed or not, capable of exercising on the individual an external constraint” (28). Este ejercicio de control sobre el individuo en el ámbito social enmarca el acto de masacrar en su carácter absoluto, ya que masacrar tiene como función ejercer el máximo y más absoluto control a nivel individual y colectivo. La escena de una masacre se convierte así en un hecho ineludible, inolvidable para los individuos que la presencian y la viven. A nivel colectivo, la participación, tanto del grupo sobre el que se efectúa la masacre como del agente de la misma, constituyen un nuevo hecho social: “this joint activity takes place outside each one of us (for a plurality of consciousnesses enters into it), its necessary effects is to fix, to institute outside of us” (30). Se puede decir que ocurre aquí una tensión entre lo individual y lo colectivo, al igual que en relación a las instituciones que determinan el comportamiento, las prácticas sociales, y las creencias del/de los individuo(s)/ grupo(s) en cuestión. Mientras sociólogos como Emile Durkheim enfatizan la dimensión colectiva

en su análisis final⁵, Cepeda Samudio aísla y enmarca la dimensión individual.

La primera mención de la masacre sitúa todo el peso de un evento que conlleva un número de muertes aún indefinido e involucra cientos de soldados en la interacción entre dos individuos: un soldado, al servicio de los intereses de sus superiores, el gobierno y la clase dirigente, quien actúa como agente de violencia y muerte, y un jornalero quien despliega el acto desafiante de mirar a su verdugo a los ojos y aceptar su muerte como parte inevitable de su lucha por la dignidad. Escrito con amplia posterioridad al evento, el texto exhibe la decisión del autor de narrar el momento de la masacre y focalizarlo en el acto individual para desestabilizar las imágenes multitudinarias creadas dentro de la narrativa de la masacre –principalmente en la historiografía– que se concentran en las masas de jornaleros muertos y las masas de soldados que dispararon sobre ellos.

En la novela, la ecuación individuo-individuo, proyecta una proximidad en la que la historia del jornalero y la del soldado, tanto dentro de sus respectivas colectividades como individualmente, es decir, los elementos que históricamente los sitúan en ese momento particular, emergen. Simbólicamente, esto ocurre en el momento en que el jornalero cae sobre el soldado al dispararle a quemarropa. Anteriormente a este momento, la novela narra una realidad compartida entre estos dos individuos que desestabiliza toda diferencia totalizadora en el rol social de cada uno de ellos, a pesar de las caracterizaciones previas al momento de la masacre que el texto brinda. Así, el ser soldado y agente de violencia, y el ser sujeto que resiste y víctima varían en distintos momentos textuales. Los soldados son peones utilizados para ejecutar un acto letal sobre otros individuos con quienes comparten una posición subordinada y hasta la misma procedencia:

⁵ La tendencia positivista del análisis durkheniano privilegia la materialidad del hecho social en cuanto estos “are to be treated as things” (28). Aún más, para Durkheim, “collective thought, in its form as in its matter, must be studied in its entirety, in and for itself...How much it resembles the thought of individuals must be left for future investigation. It is a problem which is rather within the jurisdiction of general philosophy and abstract logic than in the science of social facts” (29). Este énfasis sobre lo colectivo no debe crear confusión sobre la definición del hecho social y su peculiaridad “of exercising a coercive influence on individual consciousness” (29). Existe así una diferencia entre la coerción que los hábitos ejercen sobre el individuo desde su fuente interna y las creencias y prácticas sociales y su poder de coerción externa.

Los soldados se parecían mucho en el modo de hablar a la mayoría de los cortadores que la Compañía había traído para el primer corte en La Gabriela... y decían que los cortadores hasta tenían conocidos entre los soldados porque también eran cachacos (65-66)

La referencia a la procedencia de los individuos de estos dos grupos, jornaleros y soldados, es relevante, debido a la legendaria separación entre las dos regiones definidas desde el espacio Caribe en Colombia, la costa y el interior. El texto marca así cómo los jornaleros empleados por las bananeras vienen del mismo espacio de procedencia que los soldados. Como trabajadores, los soldados experimentan los mismos elementos que obligan a los jornaleros a demandar “que les aumenten los jornales” (14) para sostener a sus familias.

La descripción de la masacre ocurre inmediatamente después de una de dichas escasas intervenciones del narrador en el capítulo que describe el pueblo. En el instante anterior a la mención de la masacre, la caracterización de los jornaleros como huelguistas ilegales “que están armados” (24) es desplazada ante la descripción del narrador de las acciones de los mismos:

Los hombres fueron llegando en grupos, saliendo de todas las calles y de todas las casas que parecían desiertas y vacías. Y cuando los grupos se juntaron en la estación, y ya eran una muchedumbre, se subieron a los vagones, a la locomotora. Y cuando ya no había sitio en los vagones se subieron a los techos de los vagones y al techo de la locomotora. Ocuparon el tren, llenándolo con sus vestidos limpios, sus sombreros cortos de paja amarillosa y sus machetes quietos dentro de las vainas manoseadas. Cubrieron el tren, apretujándose en los carros abiertos y sobre los techos de los vagones cerrados, colgándose de las escalerillas de los freneros y de los estribos de la locomotora. Y se quedaron sobre el tren, en silencio, con determinación y en paz (49-50).

Lejos de adherirse a la imagen de saqueadores y huelguistas provocadores que los soldados tienen a través de la información que reciben sobre ellos, la muchedumbre de jornaleros en huelga despliega un acto de resistencia pacífica, determinada y silenciosa, sin mensajes ni intenciones ocultas, pues ya existía un pliego de peticiones.

La respuesta de los soldados ante esta escena es, por el contrario, violenta e incongruente con la resistencia pacífica de los jornaleros.

El soldado, quien desde un principio se preocupa por la validez de las órdenes de sus superiores y la veracidad de la información que les ofrecen sobre los jornaleros, es quien, hacia el final de la sección, describe la matanza, y su participación personal en ella:

-Estaban sentados sobre el techo del vagón. Yo me acerqué. Uno bajó los brazos. No sé si iba a saltar. Cuando alcé el fusil el cañón casi le tocaba la barriga. No sé si iba a saltar pero yo lo ví bajar los brazos. Con el cañón casi tocándole la barriga disparé. Quedó colgando en el aire como una cometa. Enganchado en la punta de mi fusil. Se cayó de pronto. Oí el disparo. Se desenganchó de la punta del fusil y me cayó sobre la cara, sobre los hombros, sobre mis botas (51-52).

La mención de este instante, el momento preciso de la masacre y el primer momento en la narrativa donde se habla de la muerte de los jornaleros, se da en términos escuetos y meramente enunciativos, a manera de reportaje. En el párrafo no hay referencia al pánico, la confusión y la culpa que siente y manifiesta el soldado que ejecuta el acto de matar, y que más tarde discute con su compañero, quien no está presente durante la matanza:

-No es culpa tuya, tenías que hacerlo.
-No, no tenía que hacerlo.
-Dieron la orden de disparar.
-Sí.
-Dieron la orden de disparar y tuviste que hacerlo.
-No tenía que matarlo, no tenía que matar a un hombre que no conocía.
-Dieron la orden, todos dispararon, tú también tenías que disparar: no te preocupes tanto.
-Pude alzar el fusil, nada más alzar el fusil pero no disparar.
-Sí, es verdad.
-Pero no lo hice.
-Es por la costumbre: dieron la orden y disparaste. Tú no tienes la culpa.
-Quién tiene la culpa entonces?
-No sé: es la costumbre de obedecer.
-Alguien tiene que tener la culpa.
-Alguien no: todos: la culpa es de todos.
-Maldita sea, maldita sea

(52-53).

Este momento central en la novela que corresponde al evento de la masacre de las bananeras ha sido referido dentro de la historiografía como “la masacre de trabajadores del año 28” (“López Pumarejo: la Revolución en marcha”, *NHC* 305). También ha sido ignorado y hasta puesto en duda. A pesar de alusiones a la misma y de eventuales borramientos, la masacre perpetrada por el ejército “entre los trabajadores en huelga de la United Fruit, [es un] hecho que ha quedado indeleblemente marcado en la memoria popular y colectiva, y que ha sido descrito en las novelas de Cepeda Samudio y García Márquez, cuatro décadas más tarde” (Williams, 1992: 124-5).

La masacre pasa a ser, de esta forma, el resultado de una cuestión de decisión personal. Este es un elemento operativo dentro del texto que actúa sobre el lector a nivel pedagógico para educarlo sobre el evento y sus consecuencias. Para los soldados, la novela trae la decisión individual como una opción disponible, aunque fuera a través de la desertión o el desacato de la orden de disparar. El soldado que más tarde le dispara al jornalero y lo mata reconoce la desertión de otro soldado como un acto de resistencia a lo que se proyecta como una confrontación violenta: “Está bien: que haya huído entonces, que se haya huído porque no quiera tomar parte en esto” (30). Desertar es una posibilidad de oposición al papel de verdugos que este soldado –y otros por extensión– no escogen. Igualmente, el desacato a la orden de disparar es otra opción que el soldado no contempla hasta el momento posterior a la muerte del jornalero.

La masacre como anti-rito

Si el motor de la narrativa son los elementos y agentes que cristalizan la matanza de los jornaleros de las bananeras, la cual converge en la muerte de un solo jornalero, el derrame de sangre se ofrecería como evidencia final y testimonio de la violencia perpetrada. Singularmente, a diferencia de otros momentos en el texto en los cuales corre la sangre, la muerte del jornalero está completamente desprovista de sangre. El soldado a quien le cae encima el cuerpo del jornalero, no queda “cubierto de sangre sino de mierda” (52). El uso de la palabra “mierda” en vez de heces, y en capacidad de epíteto, evoca, muy eficazmente, un conglomerado de elementos clave en el acto de masacrar. Es el nauseabundo olor a mierda, no a materias fecales, lo que satura la ropa del soldado y lo envuelve sin poder evadirlo. El cadáver del jornalero cae: “[y] entonces comenzó el olor. Olía a mierda. Y el olor me ha cubierto como una manta gruesa y pegajosa. He olido el cañón de mi fusil, me he olido las mangas y el pecho de la camisa, me he olido los pantalones y las botas: y no es sangre” (52).

Es significativo que sea mierda y no sangre lo que emana de la muerte del jornalero pacífico a manos del soldado, ya que la mierda es excremento y residuo, exceso maloliente y repulsivo del ser humano. El olor de la mierda está investido con una respuesta negativa de parte de adultos quienes se distancian de su propio residuo. El juego con las heces sólo está aceptado dentro de los parámetros del desarrollo infantil antes del proceso de socialización. Si, de acuerdo a Rene Girard (1972), "there is,...hardly any form of violence that cannot be described in terms of sacrifice," (1), la muerte del jornalero posee un carácter de ofrenda y ritual dentro de cuya ecuación el olor a mierda tiene una fuerza simbólica y definitiva. Según Robertson Smith, dentro de las sociedades primitivas, el sacrificio funcionaba "as communion, establishing and re-establishing the solidarity between the group and its god" (Girard, 168 *The meaning of sacrifice*) en la eventualidad de plagas, hambrunas y desastres naturales. Así mismo, se utilizaban los sacrificios para enmendar una ofensa cometida por un miembro del grupo sobre otro para restituir lazos comunitarios (169). Si se tiene en cuenta que el ataque de los soldados sobre los jornaleros tiene el propósito de acabar con la huelga y "restablecer el orden" (Cepeda Samudio, 177), la dimensión pública del acto de masacrar y el asesinato de un individuo que pertenece al grupo más marginal de la comunidad, le brinda a la muerte del jornalero un carácter de sacrificio. De hecho, la vida de la comunidad de la Zona ha sido alterada y las relaciones entre los diferentes grupos que interactúan en dicho lugar han sido heridas a raíz de la sublevación de los jornaleros y su resistencia a continuar trabajando bajo las injustas reglas de la United Fruit Company, y la explotación de los dueños de las fincas de banano.

Más específicamente, el derrame de sangre confirmaría el carácter de sacrificio de la muerte del jornalero. Mas es precisamente la ausencia de sangre lo que le brinda al acto de masacrar, en calidad de sacrificio, una función peculiar. A diferencia de las heces, la sangre derramada en un sacrificio es un símbolo de vida que posee un valor sagrado, y es un elemento tanto purificador como impuro. La sangre es impura porque, universalmente, el derramamiento de sangre se considera el producto directo de un acto violento y "[b]lood stains everything it touches the color of violence and death" (Girard, 1972: 34).⁶ Por otra parte, la sangre es también purificadora

6 René Girard identifica el carácter impuro de la sangre como proveniente de las creencias que rodean el ciclo menstrual de la mujer: "Menstrual blood is regarded as impure; menstruating women are segregated from the community. They are forbidden to touch any objects of communal usage, sometimes even their own food, for risk of contamination" (1972: 33). Esto, dice Girard, sólo puede ser comprendido dentro de "the general category of bloodletting. Most primitive peoples take the utmost care to avoid contact with blood" (33).

porque la única sustancia que puede purificar la sangre derramada es la sangre misma, o sea, el derramamiento ritualizado de sangre, lo cual se constituye en sacrificio. Como tal, el sacrificio se legitima por su carácter productivo ya que tiene el potencial de ofrecer la liberación de un yugo o la restitución de lo tomado. Dentro del contexto de algunos rituales, la sangre derramada constituye una ofrenda a los dioses con el propósito de requerir bendiciones. La sangre también es un símbolo de muerte y dolor y puede ser purificada y exenta de vileza con libaciones y oraciones. El ser sacrificado y la sangre que derrama adquieren un status especial, el cual depende del propósito del sacrificio y el status de la persona sacrificada.

Teniendo en cuenta lo anterior, la muerte del jornalero, no es productiva ni eficaz para el restablecimiento del orden social y político de la Zona, y le resta a aquél un status de mártir. En su esencia infame, injusta y repulsiva, materializada en el olor a mierda, la muerte del jornalero se constituye en desperdicio. La ausencia de sangre simboliza el fallido esfuerzo de validar la muerte del jornalero. La falta de sangre interrumpe el acto de resistencia del jornalero y problematiza el significado de su muerte, ya que en el sacrificio, “[t]he elements of dissension scattered throughout the community are drawn to the person of the sacrificial victim and eliminated, at least temporarily, by its sacrifice” (8). La muerte del jornalero produce el efecto contrario, ya que, como parte de una masacre, se define como un acto violento, masivo y excesivo que desata un mayor y más generalizado nivel de violencia imposible de controlar. La ausencia de sangre y su substitución por el olor a materias fecales justamente estigmatiza y envilece el acto del soldado y todo lo que está ligado a la masacre.

La casa/la nación y su entorno violento

La violencia ejecutada fuera de los parámetros del rito purificador reina también en la dimensión doméstica del texto. Los sucesos y quehaceres que ocurren en la casa grande, espacio doméstico y privado que le da su nombre a la novela, y la familia que la habita, están imbricados con todos los aspectos de la vida del pueblo, al igual que con las vidas de los soldados y los jornaleros y, especialmente, con el total de las representaciones de violencia en el texto. La casa grande está inscrita en la novela como símbolo del ámbito familiar y la clase dirigente que participa de los privilegios de las inversiones extranjeras. En efecto, la tipológica y central familia plantocrática de *La casa grande* es dueña de La Gabriela, una de las plantaciones de banano que vende toda su cosecha a la United Fruit Company para la

exportación. La estrecha relación entre el espacio público y el espacio de la casa, a raíz de la participación de la familia de la casa grande en la política y socioeconomía del lugar, afirma la existencia de un continuo espacial que define el carácter familiar de lo nacional y el papel que las categorías de género sexual juegan en los dos ámbitos. Al igual que el pueblo, la familia es una colectividad que funciona bajo una jerarquía profundamente patriarcal y absolutista, focalizada en el poder de un Padre omnipotente, dueño de una de las plantaciones que negocia con la compañía bananera. De forma paralela, el pueblo es oprimido por los patriarcas de la clase dirigente y terrateniente, quienes forman parte del cuerpo ejecutivo de la multinacional.

La visión de lo familiar que ofrece *La casa grande* es especialmente importante, ya que, como un texto del período del Boom, dialoga con las ficciones fundacionales decimonónicas que Doris Sommer analiza en su estudio *Foundational Fictions*. Si en el siglo XIX, de acuerdo a Sommer, “novel national ideas are all ostensibly grounded in ‘natural’ heterosexual love and in the marriages that provided a figure for apparently nonviolent consolidation during internecine conflicts at midcentury” (6), en el contexto de la primera parte del siglo XX, *La casa grande* denuncia el fracaso de dicha agenda, y exterioriza un elemento que Sommer menciona en el estudio anterior y que invita a explorar en más detalle: el incesto. De forma significativa, la violencia que sirve como base a las relaciones entre los miembros de la familia de *La casa grande*, ejemplifica un proyecto paralelo al de las novelas del Boom y que consiste en re-escribir las ficciones fundacionales que Sommer discute “as failure of romance, the misguided political erotics that could never really bind national fathers to mothers, much less the *gente decente* to emerging middle and popular sectors” (27-8). Y es en esta intersección entre la gente decente –leáse la clase alta legitimada por amarillentos pergaminos, quienes acaparan el porcentaje más alto de la riqueza en Latinoamérica– y los sectores populares constituidos en el siglo XX por trabajadores de la industria y de la agricultura tecnificada, donde se evidencia el fracaso de las alianzas afianzadas en el siglo anterior.

Incesto, patriarcado y parricidio en la casa

La casa grande, espacio singular, anónimo, estereotipado y, aparentemente, deshabitado, es un monumento de riqueza y poder. La casa está al lado del cuartel y “es grande, da hasta la otra calle” (Cepeda Samudio, 1962: 41). Su prominente posición en el centro del pueblo delimita el espacio de la clase dominante, la cual se establece como central dentro del espacio de la colectividad. Como

locus de poder, visible, central, único y ostensible, la casa grande contiene la familia, cuyas interacciones evidencian una dinámica de poder y coerción que ilustra los tipos de explotación que se dan, de forma paralela, a nivel público. La violación sexual, el incesto y la jerarquía patriarcal sostenida a base del abuso físico, las amenazas y el miedo, constituyen el aparato de violencia que caracteriza el zozobante ambiente de la casa. El Padre de la casa grande, nombrado en el texto sólo por el término genérico que denomina su posición dentro del grupo familiar, controla a todos los miembros del grupo. En las secciones de “La Hermana” y “El Padre”, la novela presenta el personaje del padre dentro de los dos ámbitos que rige: la casa y el pueblo. El padre determina la jerarquía familiar, perpetúa la imposibilidad de igualdad entre los géneros, y retiene el derecho a tener acceso sexual a todas las mujeres a quienes desee poseer, tanto en la casa como fuera de ella. La Madre es un miembro más de la familia y su posición no es la de “una persona aparte, de una función perfectamente definida como la del Padre” (74), sino

Una de nosotras [las otras mujeres de la familia]. Una especie de entidad neutra cuya existencia era tolerada, hasta propiciada, pero cuya voz y cuyas acciones no tenían importancia alguna dentro de esa extraña jerarquía que, primero el Padre y luego tú [la Hermana menor] habían impuesto (74).

Un cierto eco a horda y a grupo social primigenio emerge al considerar la relación incestuosa entre el Padre y la Hermana menor que el texto sugiere y/o afirma de acuerdo con la ocasión. Al igual que el Padre y los otros miembros de la familia, la Hermana es nombrada por su denominación genérica, siempre en mayúscula a manera de categoría definida así por su posición dentro del grupo familiar. El Padre reclama su derecho a poseer sexualmente a su propia hija como forma de mantener un orden ya en vía de destrucción. La tolerancia de este hecho por parte de todos en la familia le resta al acto del incesto su gravedad. Visto dentro de una dinámica que promueve la procreación entre miembros de la misma familia como forma de supervivencia del nombre y el grupo, y sin ningún poder de resistencia de parte de las víctimas, el incesto es “apenas la propia sangre libertada dentro de un cuerpo que podía ser su mismo cuerpo [el de la Hermana]: que no necesitó mezclarse porque era su misma sangre retornando” (70). Dentro de una economía doméstica que establece sus propias reglas de relaciones familiares, el incesto asegura las alianzas entre familias dueñas de las plantaciones –“tres familias que han casado a sus hijos, y a los hijos de sus hijos, entre sí” (131)–. Como partícipe consciente de esta relación incestuosa y como defensora de la jerarquía patriarcal

–de forma quizás involuntaria–, el comportamiento de la Hermana requiere discusión.

Si bien el Padre como patriarca absoluto de la familia ejerce su autoridad sobre las mujeres de la familia, un control que la Hermana no puede eludir, al ser escogida como objeto de su deseo, se dictan los términos de su relación con el Padre. Con respecto a esto, la Hermana mayor dice:

Quando ya tuvimos sentimientos definidos acerca de las personas de la casa, cuando ya supimos distinguir entre el miedo y el cariño, nosotros escogimos el miedo para el Padre y tú escogiste el cariño. Aunque ya todo estaba perfectamente definido, el Padre seguía creyendo que era su deber tratarnos a todas con una dureza igual. Pero tú eras la única que se atrevía a quebrar todas sus leyes, a pasar sobre sus prohibiciones, a disentir de sus inapelables decisiones. No supimos cuándo decidió el Padre aceptar este hecho, ni siquiera demostró que lo había aceptado. Era un acuerdo tácito entre los dos, al que había llegado sin decir una palabra, sin establecer condiciones. Un día debieron mirarse y en ese momento debieron pensar: Soy igual a él, no podrá dominarme, entre los dos manejaremos esta casa, y cuando él ya no esté la manejaré yo sola; y él: Aquí está toda mi sangre, es como yo, ella tomará mi puesto, en ella puedo confiar. (77).

La supuesta complicidad de la Hermana se revela en su decisión de apoyar al Padre en la persecución legal de un grupo de jornaleros a quienes éste acusa de violarla. En esta coyuntura se une el ámbito privado al público, ya que la acusación y culpabilidad de los jornaleros sirve para sabotear la causa de los mismos. Antes de examinar la anterior situación, hay que afirmar que la Hermana sí fue violada, pero por un soldado y no por un jornalero, de acuerdo con el texto. La caracterización de la violación como tal es ambigua, ya que el soldado le cuenta a su compañero que no tuvo que obligar a la Hermana a participar en el acto sexual:

No tuve necesidad de ir donde las mujeres. En la casa de al lado, te acuerdas, la que estaba cerrada, hay gente. Ella debe vivir ahí porque estaba en el patio, sola en el patio. No le he visto bien la cara. Tampoco habló. Después, un rato después, se puso a llorar, no gritando, sino despacio: casi no se oía que estaba llorando. Yo no entiendo, no entiendo nada...No me tocó, ni siquiera se agarró de mí, ni siquiera alzó los brazos. Con los ojos abiertos se dejó (50-51)

Múltiples consideraciones pueden ser identificadas en este encuentro. Inicialmente, la intención del soldado es de saciar su deseo donde “las mujeres”, las prostitutas del pueblo. Para esto, le pide prestado un peso a su compañero. Dentro de la estructura social del texto, el soldado sólo podría entablar un acto sexual con la Hermana, una mujer fuera del tráfico sexual público, si impusiera su fuerza, lo cual considera, y lo que se vislumbra en su comentario al compañero: “No la obligué. No me vas a creer, pero no la obligué” (51). Para la Hermana, en vista de su relación incestuosa con el Padre y un posible primer embarazo, el encuentro sexual con el soldado puede servir de encubrimiento. Otro escenario sitúa el encuentro sexual con el soldado como una estrategia consciente de la Hermana para apoyar al Padre en su esfuerzo por contribuir a desbandar la huelga. El Padre acusa oficialmente a unos jornaleros por la violación sexual de su hija, quien va a la Corte y afirma la culpabilidad de los mismos:

El Padre te dijo esa mañana: Ven conmigo. No tuvo necesidad de decirte dónde te iba a llevar: tú lo sabías. Eras la única en la casa que sabía lo que estaba pasando... Parece que al principio nadie creyó en el pueblo que el Padre sería capaz de hacerlo. Pero cuando te vieron entrar con él supieron que sí lo haría (79-80).

Al endosar la Hermana el plan del Padre para desprestigiar a los líderes de la huelga, el Padre adquiere el poder de hacer que su verdad se convierta en parte de la estrategia para evitar futuros levantamientos (80). En este momento del texto, la relación incestuosa entre el Padre y la Hermana demuestra la necesidad de aquél de utilizarla: “El Padre necesitó de tí [de la Hermana], de tu fortaleza, de tu desprecio, de tu deseo de perpetuar todo lo que significaba el apellido. Perpetuarlo en cualquier forma así fuera por medio del odio” (81). Este efecto le presta a la Hermana una posición ostensible de poder en relación con el Padre, y sobre los miembros de la familia y de la comunidad.

El rol de la Hermana y del incesto en este texto también puede guiar al lector de vuelta a los elementos del sacrificio como aura que circunda las manifestaciones de violencia que narra. La participación voluntaria de la Hermana en la relación incestuosa con el Padre puede ser vista como una estrategia de defensa para evitar que alguna de las otras hermanas se convierta en víctima del deseo del Padre, y aún para mantener la seguridad de la Madre. En este papel, la Hermana es el chivo expiatorio de la familia y la que

absorbe todas las consecuencias de la trasgresión del Padre, y de la clase dirigente.

Su calidad de víctima regresa al examinar la escena en la que el Padre le corta la cara con la hebilla de una espuela de sus botas de montar a caballo. Esta es una de las escenas más representativas y sintéticas del poder del Padre, de la dinámica de las interacciones del grupo familiar de la casa grande, y de la magnitud del efecto de la trasgresión sexual cometida por la Hermana y el Padre. Al enterarse el Padre del encuentro sexual de la Hermana con el soldado a través de rumores, y ante la confirmación de la Hermana del evento y de un posible embarazo, según sugiere el texto, el Padre “golpeó a la Hermana en la cara con la espuela. Es decir: con el arco y la hebilla y las correas de la espuela” (61), no una sino dos veces.⁷

Cualquiera que sea la cronología de estos acontecimientos, la herida en la cara de la Hermana es simbólica de la herida infligida por el Padre tipológico, una clase social, y un grupo económico y político, sobre cada uno de los miembros del grupo familiar, de la colectividad de la Zona, y del cuerpo de la nación. La sangre en la cara de la Hermana, la cual ella se niega a limpiar, permanece, como las repetidas imágenes de cadáveres apilados en el texto, “apretada y seca sobre la mejilla rota” (63), y sirve como un testimonio ineludible de violencia y control. Volviendo a la discusión sobre la sangre y el simbolismo de la misma en esta novela, la sangre seca en la mejilla de la Hermana, producto de un acto violento y recíproco, por ser vengativo, es impura y está contaminada. En ritos de sacrificio,

blood that dries on the victim soon loses its viscous quality and becomes first a dark sore, then a roughened scab. Blood that is allowed to congeal on its victim is the impure product of violence, illness, or death. In contrast to this contaminated substance is the fresh blood of newly slaughtered victims,

7 Como ya se mencionó, este evento es crucial en el texto, pero la temporalidad del mismo crea confusión. El encuentro sexual de la Hermana con el soldado está textualmente situado en el momento de la masacre. Esto se puede comprobar, porque el soldado regresa a su compañía después de estar con la Hermana, y escucha la experiencia de su compañero sobre el asesinato del jornalero. El ataque del Padre, por su parte, se muestra en el texto como posiblemente provocado por su conocimiento de su encuentro sexual y público con el soldado, antes de la masacre. No obstante, después de ser atacada por el Padre, la Hermana habla sobre el inminente ataque de los soldados sobre los jornaleros: Esa mañana, mientras desayunábamos, Carmen llegó con la noticia de que la estación estaba llena de soldados. La Hermana levantó la cara: tenía la sangre apretada y seca sobre la mejilla rota;...Entonces tú [la otra Hermana] dijiste: Ojalá los maten a todos. Y la Hermana: No los matarán a todos, no podrán matarlos a todos...Carmen siguió contando que la estación estaba llena de soldados (63-65).

crimson and free flowing. This blood is never allowed to congeal, but is removed without a trace as soon as the rites have been concluded (Girard, 1972: 36-37)

El cambio de la sangre derramada de líquido a sólido representa, de acuerdo a René Girard, la dualidad de la violencia, o sea su naturaleza beneficiosa o profundamente aberrante y peligrosa. Paradójicamente, la violencia “[appears] to man in its most terrifying aspect; at other times it appears in the guise of peacemaker, graciously distributing the fruits of sacrifice” (37). La sangre como prueba del sacrificio puede, respectivamente, “stain or cleanse, contaminate or purify, drive men to fury and murder or appease their anger and restore them to life” (37). Dentro de este marco, la sangre seca en la mejilla de la Hermana, su impureza, y la relación incestuosa en la que participa la misma con el Padre, sea cual fuere la razón que la lleva a tomar parte consciente en esta relación, representan en el texto un exceso de violencia sin ninguna propiedad beneficiosa para los partícipes, y mucho menos para la colectividad de la Zona.

Al enlazar la huelga como manifestación pública con lo familiar y privado, y al imbricar estos dos espacios, la herida de la Hermana es la herida del pueblo marcada por los cadáveres amontonados en la plaza, que señala esa “primera herida” que produce “el odio que fuera acumulándose alrededor de nosotros [el pueblo y el grupo de la casa grande], que fuera llenando todos los espacios del tiempo que faltaba que estallara, esperar que hiciera crisis: que nos envolviera y nos secara el aire” (Cepeda Samudio, 1962: 81). Consecuentemente, el ataque sobre la Hermana y su prole ocasiona la diseminación del grupo familiar. El Hermano se va de la casa, y el Padre lleva a la Hermana a vivir a otro lugar, sólo para regresar después de la muerte del Padre. Los hijos de paternidad indeterminada regresan después de la muerte de la Hermana para continuar el círculo incestuoso de un ámbito que lucha por auto-perpetuarse.

Lejos de restaurar el orden, la masacre desencadena más crisis. Como un acto violento que ruega reciprocidad, la masacre provoca la unión del pueblo para asesinar al Padre como forma de venganza “por haber traído a los soldados para que [los] mataran” (115). El acceso del Padre a todas las mujeres del pueblo, pues él “siempre ha buscado mujer cuando él quiere” (113), aún en contra de la voluntad de la deseada, es parte fundamental de la conspiración contra el Padre. El Padre “es el dueño de todo y puede tener todo lo que quiera” (113), y cumple un rol tanto de cabeza de familia como de cabeza de la colectividad.

El objetivo del uso de la masacre y de la violación sexual, como mecanismos de control, es producir un ciudadano a la fuerza y por la fuerza que se ajuste a una agenda regional que se amolde a los intereses del gobierno central y a los agentes extranjeros. El resultado es la imposibilidad de la construcción de una ciudadanía colombiana a causa de la falta de confianza hacia un cuerpo dirigente que ve la violencia como la única forma de negociación. Múltiples relaciones fraudulentas se evidencian en el texto como producto de esta dinámica de nacionalidad forzada. Todas estas relaciones de poder desiguales y de sustrato violento le dan paso al odio que se esparce sigilosamente y atraviesa la nación, “la otra casa, más grande, más desolada y más muerta, pero organizada por el odio, desesperadamente perdurando por el odio” (18).

“La primera herida” de la masacre, “desde el primer disparo” (183) materializada en la herida de la cara de la hermana representa la imposibilidad del cuerpo de la región y de la nación de sanar y cicatrizar.

Entonces, toda la sangre seca y olvidada en la mejilla de la hermana, toda la sangre seca y olvidada en los dedos de un solo soldado, toda la sangre seca y olvidada en los andenes de las estaciones de los pueblos y sobre el barro salitroso, toda la sangre seca y olvidada en una calle oscura y estrecha, debajo de los cascos de un caballo, toda esta sangre para qué? Va a ser necesario recomenzar? (182)

El cambio a una realidad saludable es imposible sobre una base compuesta por los cuerpos de las víctimas de la masacre, quienes, aunque desaparecidos, continúan existiendo en el imaginario nacional, y por los vivos que permanecen en los márgenes de una historia nacional purgada. El proyecto de *La casa grande* aún perdura como vehículo para desentrañar este momento primigenio en el fracaso de la consolidación nacional.

Bibliografía

- Arango, C. (1981). *Sobrevivientes de las bananeras*. Bogotá: Colombia Nueva.
- Arocha, J.; Cubides, F.; Jimeno, M. (Comp.). (1998). *Las violencias: inclusión creciente*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Bastasi, E. (2006). Del odio de la casa caribe a la tragedia de la casa andaluza: *La casa grande*, de Álvaro Cepeda Samudio y *La casa de Bernarda Alba*, de Federico García Lorca. *Estudios de Literatura Colombiana*, 61-77.

- Castrillón, A. (1974). *120 días bajo el terror militar*. Bogotá: Editorial Tupac-Amaru.
- Cepeda Samudio, A. (1962) *La casa grande*. Bogotá: Ediciones Mito.
- Cortés Vargas, C. (1979). *Los sucesos de las bananeras*. Bogotá: Editorial Desarrollo.
- Fals-Borda, O. (1979). *Historia doble de la costa*. 3 vols. Bogotá: Valencia Editores,
- Faulkner, W. (1961). *The Sound and the Fury*. New York: Random House.
- Hernandez Saavedra, R. (2000). "Álvaro Cepeda Samudio: una apertura a la modernidad". En *Literatura y cultura: Narrativa colombiana del siglo XX, I: La nación moderna: Identidad; II: Diseminación, cambios, desplazamientos; III: Híbridez y alteridades*.
- García Márquez, G. (1967). *Cien años de soledad*. Barcelona: Seix Barral.
- Gilard, J. (1984). "El Grupo de Barranquilla." *Revista Iberoamericana* 00: 128-9.
- _____. (1976). "García Márquez, le groupe de Barranquilla, et Faulkner." *Caravelle* 27: 159-170.
- _____. (2003). "Un texto maltratado de Cepeda Samudio", *Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Bresilien/Caravelle*.
- Girard, R. (1972). *Violence and the Sacred*. Baltimore: John Hopkins UP.
- _____. Jonathan Z. Smith and Walter Burkert. (1987). *Violent Origins*. Ed. Robert G. Hamerton-Kelly. Stanford, Calif.: Stanford University Press.
- Palacios Moreno, H. (1997). *Técnicas narrativas: Polifonía, cinematografía y visión de la Anti-historia en 'La casa grande' de Álvaro Cepeda Samudio*. Diss. U of Nebraska.
- Posada Carbó, E. (1996). *The Colombian Caribbean: A Regional History, 1870-1950*. Oxford: Clarendon Press.
- _____. (1998). "Fiction as History: The Bananeras and Gabriel Garcia Marquez's One Hundred Years of Solitude". *Journal of Latin American Studies* 30: 2: 395-414.
- Samper Pizano, D. (1977). (Ed.). *Álvaro Cepeda Samudio: Antología*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Simpson, G. (1963). ed. *Emile Durkheim: Selections from his Work, with an Introduction and Commentaries*. New York: Thomas Y. Cromwell Company, Inc.
- _____. (1985). *Tropics of Discourse: Essays in Cultural Criticism*. Baltimore: Johns Hopkins UP.
- Williams, R. L. (1992). *Novela y poder, 1844-1987*. 2ed. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Zapata, F. (2004). "Boom, modernism y la novela de la violencia en Columbia: voces múltiples de la historia en *La casa grande*, de Álvaro Cepeda Samudio". Dissertation Abstracts International, The Humanities and Social Sciences (DAIA).